

# Redescubrimiento

de la

Teología

de la

Misión

Redescubrir y no reinventar la teología de la misión. Esta precisión es necesaria porque, desde su humilde comienzo, la Iglesia es misionera por su propia naturaleza. La orden de Jesús fue formal y comprendida como tal por Pedro y los Apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará." (Mc. 16, 15-16)

La reafirmación solemne de esta realidad misionera por parte del Concilio no ha hecho más que dar nuevamente, en el plano exterior de difusión, una resonancia más universal a las afirmaciones constantes de la sede de Pedro que, bajo el empuje del Espíritu Santo, ha tenido siempre "el cuidado de todas las Iglesias" (Corintios), cualquiera que sea la sede apostólica o episcopal. Es necesario esperar que la corresponsabilidad de la Iglesia que el colegio episcopal posee unido al Papa, revalorizada con tal amplitud por la afirmación de la colegialidad, hará que realmente "este peso de todas las iglesias" sea en el futuro respaldado cada vez más por el episcopado entero, unido a su cabeza y, a través de él, por el conjunto de los cristianos, laicos o clérigos.

Una afirmación reciente del Cardenal Garonne hace pensar que todavía no hemos llegado a ello. He aquí sus palabras: "Debemos tener la lealtad de reconocer que la idea misionera ocupa en la Iglesia un lugar superficial, accidental, ocasional, exactamente lo contrario de lo que debería ser, un verdadero esfuerzo común."

## JUAN FRANCISCO NOTHOMB

Por otra parte, nos damos perfecta cuenta de que para un sector de la Iglesia la "misión" está en crisis. Algunos, probablemente los más insistentes, los que hablan y publican más, llegan hasta a poner la misión completamente en duda. ¿No ha dicho acaso la Iglesia, a través del Concilio, que todo hombre puede salvarse siguiendo su propia conciencia? ¿No ha valorizado acaso todo lo positivo de otras religiones cuyo papel providencial afirma? ¿No ha declarado solemnemente que la salvación puede obtenerse fuera de la pertenencia visible a la Iglesia de Jesucristo? Si esto es verdadero, ¿por qué entonces tratar de convertir a los hombres? ¿Por qué molestar a los hombres que con absoluta buena fe pueden alcanzar su salvación sin conocer explícitamente a su Salvador único, Jesucristo? ¿No es el papel de la Iglesia el de quedar como un pequeño residuo, que será el fermento en la masa, lo cual podrá realizarse mucho más fácilmente sin todo el peso de una compleja institución, en la cual tantos hombres obstaculizarían la luz?

Reconozcamos también, en cierto modo, el fracaso de las misiones. Cuando se piensa en los esfuerzos desplegados, tanto en hombres como en materiales, es necesario reconocer que los resultados visibles son bastante escasos y que en

numerosos sectores misioneros, a pesar de ciertos éxitos evidentes, la Iglesia no ha penetrado de una manera profunda la cultura de los hombres a los cuales ha anunciado el mensaje evangélico liberador; muy a menudo la Iglesia ha permanecido como extranjera y ha sido considerada como tal (India, China, por ejemplo, y numerosos sectores africanos).

Parece que el problema misionero comienza a ser planteado con mayor agudeza en nuestro continente suramericano o, al menos, que el CELAM ha tomado conciencia seriamente de él. En Venezuela uno se da cuenta rápidamente de que las misiones en tierras paganas dentro del mismo país (para no hablar de las misiones en el exterior) no forman realmente parte de las preocupaciones de la comunidad católica, sino que permanecen muy al margen. Todas las declaraciones piadosas no llegan a ocultar este hecho. ¿No es acaso sintomático que en un país católico en su inmensa mayoría no haya más que un solo misionero nacido en Venezuela en las misiones entre paganos de la República? Todos los demás son, o bien naturalizados o bien todavía extranjeros, pero todos importados. Todos sabemos que los problemas

que se plantean a nuestra Iglesia venezolana son de envergadura y que la falta de personal especializado es impresionante, algunas veces angustiosa. Si esa angustia impulsa a la Iglesia a encerrarse en sí misma en una actitud conservadora, se puede temer por el futuro de su *aggiornamento*. Es necesario decir y repetir que la preocupación misionera hacia el exterior ha sido siempre uno de los signos más evidentes de la vitalidad de una comunidad, y la actividad misionera de la Iglesia, por muy pobre que sea, es una de las garantías más seguras de su *aggiornamento*. Ya es tiempo, por tanto, de buscar el redescubrimiento del verdadero sentido de la misión en la Iglesia; de enfrentarse nuevamente, por consiguiente, a su tradición más venerable, que tiene su fuente en la voluntad de Cristo. Esta tradición se encuentra ya en las fuentes de la Biblia y nos hace remontar hasta el misterio clave de todos los demás, el misterio mismo de la Trinidad, de donde procede toda creación y particularmente la creación libre e inteligente, realizada como lo dice Dios en el Génesis, "a nuestra imagen y a nuestra semejanza" (Génesis 1, 26), destinado a encaminarse libremente hacia su destino, que es Dios, o a alejarse de él. Aquí nos encontramos de súbito frente al "Plan de Dios" en el mundo, con vistas a su salvación, por y a través de la única Iglesia de Jesucristo; por lo tanto, por y a través de la gracia crística en su plenitud: inmediata y plenamente alcanzada en la Iglesia de la Parusía; sacramental y orientada, en la condición de la Iglesia sobre la tierra. Nos encontramos también aquí frente al misterio opuesto, el del pecado, del mal presente en el mundo, que lucha contra ese "plan de Dios".

El Cardenal Bea decía un poco antes de su muerte que "... el motivo más profundo de las misiones, el motivo último que las caracteriza, es el de realizar el plan que Dios ha establecido en Cristo para la humanidad y para su bien. Y este plan de Dios, que Cristo ha servido por obediencia y por amor para la gloria del Padre que lo envió, consiste en que el género humano entero constituya un solo pueblo Dios." (Entrevista de la revista "Missio", de Nüremberg, el 20 de octubre de 1968.) ¿Haría falta citar también el famoso texto de San Pablo en la carta que escribió a los cristianos de Efeso?

"Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad para alabanza de la gloria de su gracia.

Por esto nos hizo gratos en su amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por éstas nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria." (Efesos 1, 3-12)

Este magnífico texto de San Pablo está muy dentro del estilo y la tradición de los Profetas del Antiguo Testamento, en particular Isaías y Jeremías, quienes recuerdan sin cesar a los hombres ese deseo profundo de la creación entera de proclamar la gloria del Dios trascendente; y es desde siempre el grito de la Iglesia, que quisiera como apresurar el momento de la Parusía —conocido solamente por Dios (Mc. 13, 32)—, a fin de que todo sea reunido en Cristo, que es "la imagen de Dios invisible, Primogénito de toda criatura... El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia" (Colosenses 1, 15, 18); ésta es también la oración del mismo Cristo y de todos los cristianos a imitación de El: "Santificado sea tu nombre! Venga tu reino! Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"; es el llamado final del Apocalipsis: "Ven, Jesús - Maran Athan!"

En esta perspectiva, y sólo en ella, puede comprenderse la misión de la Iglesia en toda su plenitud, es allí donde se encuentra el corazón de su ser y de su vida; es allí donde ella debe volver a encontrar todo su vigor y toda su justificación. Toda teología de la misión, que no se remonte hasta allá, corre el riesgo de caer rápidamente al nivel de las recetas de conversión y de la preocupación primordial por la eficacia y la cantidad, en detrimento de la evangelización y de la calidad.

En esta perspectiva misma, en esta sed de ver a la Iglesia llegar a la plenitud de los tiempos, es donde el misionero encuentra el verdadero sentido de su vocación, de testigo de la verdad, enviado por la Iglesia, cuyo papel es el de iluminar a los hombres por la proclamación de la verdad y de la salvación por el único Jesucristo (Romanos 10, 9, y 1 Timoteo 2, 5). He aquí el grande, el único mensaje misionero. Todo el resto está iluminado por esta perspectiva, aun el trabajo más humilde de la ascensión humana. Es bueno recordar que la Iglesia no puede nunca ser un organismo pu-

ramente filantrópico, y que todo en ella debe estar vivificado por el amor de su Señor y de los hombres para su único fin verdadero. El misionero debe ser el "siervo inútil" (Luc. 17, 10) de esta realidad, enteramente al servicio de su maestro, que encuentra más alegría en hacer la voluntad de su Señor que en contabilizar los éxitos o los fracasos de su labor. Se puede decir en cierto sentido que, en esta perspectiva, el misionero no tiene que preocuparse del resultado visible de su trabajo, puesto que está seguro, al hacer su labor en nombre de Jesús y de la Iglesia, de cumplir su vocación. Allí solamente es donde él encuentra su verdadera alegría, que nada, ni los fracasos, ni los éxitos, ni las incomprendiones, podrán perturbar.

Cuando se leen ciertos artículos sobre las misiones, cuando se ve cierta propaganda misionera, a menudo se tiene la impresión de una visión bastante mezquina de la labor misionera, fuera de toda su perspectiva escatológica; a los ojos del hombre de la calle, el misionero aparece más como un hombre que se sacrifica (por lo cual se alaba su heroísmo) y que pasa el tiempo administrando la mayor cantidad posible de sacramentos (cuya estadística se publica todos los años) que como el humilde colaborador de Dios en la gran obra de la salvación de toda la creación.

No hay en esto ninguna insinuación de que el humilde sacrificio cotidiano, en las tareas más comunes de la evangelización, sea inútil y no forme parte integrante de la vida de todo misionero que se respete de verdad. Muy al contrario. Pero todo esto debe buscarlo y desearlo el misionero como añadidura: "Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura." (Mt. 6, 33) Únicamente a causa de Dios el misionero va hasta el fin del mundo, y sólo por El, como por cada hombre, siente sed de salvación de sus hermanos. Por otra parte sabe que, en su humilde lugar, contribuye como todo cristiano, pero con su vocación propia, a esa expansión de la Iglesia que es preparatoria necesariamente de la plenitud de los tiempos. Su papel es el de predicar el Evangelio "a tiempo y a contra-tiempo"; he aquí la razón por la cual Cristo y la Iglesia le envían entre los hombres. No tiene ninguna promesa de Cristo de que todos los hombres se convertirán visiblemente. El misionero debe estar listo, como Juan Bautista, a proclamar la verdad en el desierto y a no desanimarse jamás ante la falta de éxito de su predicación.

Es evidente que el misionero debe desear el éxito de su predicación y que una de sus alegrías más puras es la de ver nacer la gracia en el corazón de los hombres por esa predicación. Debe hacer todo lo posible para que esto suceda

lo más rápidamente posible. Está absolutamente seguro de que vale mucho más pertenecer visiblemente a la única Iglesia de Jesucristo que tener con ella sólo lazos visibles y, por tanto, no poder beneficiarse de los medios de gracia que son los sacramentos de la fe. El mismo Jesús no quiso que su predicación fuera un fracaso. El "fracaso" de la Cruz vino por la voluntad de los hombres, que Jesús aceptó libremente, pero por sí mismo hizo todo lo posible para que los hombres le escucharan y se convirtieran a El.

Lo que es importante repetir es que el éxito visible no pertenece al misionero, y que vendrá si así lo desea Dios. En fin de cuentas, digo que no es mi palabra la que convierte al corazón del hombre, sino que es Dios sólo que, por un don totalmente gratuito de su gracia, convierte a aquel que libremente acepta volverse hacia El. Mi palabra no es más que el instrumento del cual Dios se sirve, si así lo quiere, para alcanzar al corazón de quienes escuchan. "Pues ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Ministros según lo que a cada uno ha dado el Señor, por cuyo ministerio habéis creído. Yo planté, Apolo regó; pero quien dio el crecimiento fue Dios. Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento." (1 Corintios 3, 5-7)

### **La Iglesia americana debe reasumir sus misiones**

En la primera parte de este artículo hemos tratado, a la luz de la tradición y de las enseñanzas del Concilio, valorizar los principios básicos de la misión. A la luz de estos principios queremos ahora proponer algunas reflexiones personales sobre ciertos aspectos de la actividad misionera en nuestro continente suramericano.

La creación del CELAM y, bajo su impulso, las reuniones regulares de los delegados de las conferencias episcopales del continente están en vías de hacer que la Iglesia suramericana tome conciencia de su unidad y de la importancia de su unidad de pensamiento y de acción, en el momento crucial actual en que, en circunstancias humanas a veces dramáticas, se ve obligada a hacer urgentemente un *aggiornamento* difícil, y en que está como presionada por la controversia general actual, para dar el testimonio más evangélico que sea posible, con el fin de seguir siendo la luz de los hombres de este continente. En estas condiciones, ¿no sería tiempo, conforme a los deseos del Concilio y sobre todo en la línea de lo que el Concilio ha iniciado, de confiar al episcopado suramericano entero la obra misionera en las regiones todavía paganas del continente?

Es posible que no haya ningún otro continente en el mundo en donde la uni-

dad natural sea tan fuerte como en el nuestro. Prácticamente todos sus habitantes son cristianos o, al menos, tienen una forma de pensar más impregnada de principios evangélicos de lo que a menudo se piensa, sobre todo los pobres; los problemas del continente son verdaderamente propios de él y no podrán finalmente ser resueltos sino por el genio propio de sus hijos nacidos en su tierra. Parece, por tanto, llegado el tiempo de dar a la Iglesia suramericana su mayoría de edad, de dar confianza a su genio propio y, en cierta manera, dejarla que se desenvuelva por sí sola y no ofrecerle siempre soluciones venidas del exterior que, por tanto, son pensadas e intelectualizadas por otros. Esto no por reacción egoísta, como si la realidad del Cuerpo Místico no existiera, sino por una preocupación de verdad y de respeto frente a la Iglesia suramericana. No se trata, por tanto, de que sea necesario suprimir toda ayuda exterior, tan útil a menudo, en sacerdotes y laicos, lo cual es la señal de la solicitud de toda la Iglesia y uno de los timbres de su caridad. Pero queremos decir que existe el peligro, ahora que todo el continente se revuelve y afirma su propia personali-

dad y su deseo tan justo de independencia en el plano social, económico, político, cultural, de que la Iglesia permanezca en un estadio inferior de dependencia de los "ricos" que son los europeos y los norteamericanos, quienes, a pesar de su generosidad y su inteligencia, permanecen tan, a menudo fuera de la idiosincrasia propia de América Latina y comprenden incompletamente los problemas que se plantean en su patria de adopción.

En estas condiciones ¿no sería lógico que cada conferencia episcopal, en su propio país, y el CELAM en todo el continente, tenga efectivamente la responsabilidad de la actividad misionera in situ? Esto no va en ninguna forma contra la importancia de un organismo como el de la "conversión de los pueblos", cuyo papel sería siempre el de actuar como un centro motor de reflexión, como el punto central de pensamiento hacia el cual convergerían todas las experiencias de otros países y de otros continentes y que, incesantemente, ayudaría con sus consejos y su visión más universal a los episcopados particulares y a las diversas Iglesias a vivir al ritmo mismo de la misión universal de la Iglesia.

Y para referirnos al plano bien concreto de Venezuela, donde de hecho hay pocos paganos verdaderos, y donde éstos son todos "primitivos", para los cuales se plantean exactamente los mismos problemas de aculturación, ¿no hay acaso un desperdicio de tiempo precioso y, aún más, de personal, en el hecho de que los cinco territorios misionales y las tres congregaciones religiosas que en ellos trabajan quieran tener cada uno su propia organización y su propia formación, para lo que se refiere a problemas similares? ¿No sería normal que toda la actividad misionera del país hacia los paganos esté bajo la jurisdicción de la conferencia episcopal nacional, la cual denominaría uno de sus miembros que tendría, por sí, jurisdicción inmediata sobre el conjunto de las organizaciones y de los territorios misioneros? ¿No es asombroso que en un país como el nuestro, los territorios misionales dependan directamente de la Congregación romana, en tanto que los vicarios apostólicos participan en las conferencias episcopales nacionales? La Iglesia venezolana debe normalmente ser bastante fuerte y bastante adulta para tomar a su cargo sus propias misiones en sus territorios todavía paganos. Y esta unidad de jurisdicción y de trabajo misional puede muy bien conjugarse con la diversidad de congregaciones religiosas, que así se enriquecerían mutuamente de su propia originalidad.

La marginalidad de las misiones de las cuales se ha hecho mención anteriormente ¿no es debida en parte al hecho de la independencia de las misiones en relación con el episcopado nacional? ¿No sería un excitante saludable para la Iglesia el descubrirse enteramente responsable de sus conciudadanos que viven todavía en las tinieblas de la ignorancia explícita del verdadero Dios? ¿No sería uno de los signos más evidentes de su vitalidad el verla así reorientarse hacia su imperioso deber misionero? Y ¿no sería para todos nosotros, misioneros que venimos del exterior y que hemos recibido la adopción generosa de este país, como una nueva exigencia de generosidad para un servicio más gratuito todavía, hacia esta porción de la Iglesia a la cual la Iglesia universal nos ha enviado en humilde servicio?

Santa María de Erebató, 18 de junio de 1969.